

na; infiltrad en su corazón el gran deber de la fidelidad, y cerradlo á las influencias enemigas que le invitan á recobrar una libertad, de la cual no es dueño.

Dadles fortaleza para soportar con paciencia las inevitables contrariedades de la vida común, y este generoso ardor de afecto que estrecha los lazos del amor y funde los corazones en la inseparable unidad de la caridad divina.

Mostradles el objeto sublime de la educación que deben dar á sus hijos; librad el amor de los padres y de las madres de las ilusiones, de las debilidades, de las negligencias, de los desacuerdos, que podrían comprometer su autoridad en el gobierno de la familia. Inspiradles en la elección de los maestros que deben continuar en sus hijos las religiosas tradiciones del hogar, y confortadles en sus resistencias á leyes injustas que desconocen sus derechos sagrados de generadores y de poseedores.

Hacedles comprender, que para protestar con eficacia contra las maquinaciones enemigas que amenazan los hogares cristianos, y para salvar la santa causa del matrimonio y de la familia, se necesitan hoy algo más que virtudes vulgares y fidelidades vacilantes; que para preservar á la sociedad conyugal y á las sociedades humanas de una universal corrupción, es necesario multiplicar las uniones en las cuales entre de lleno la gracia, en las cuales el amor natural reciba todas sus perfecciones, y el santo amor y el reino de Dios penetre en todas las almas.

Por último, cread una sublime armonía entre Vos y ellos, á fin de que pueda decirse del matrimonio cristiano como del vuestro: *Ests sacramento es grande. SACRAMENTUM HOC MAGNUM EST.*



EPÍLOGO

Un tipo de esposa y de madre cristiana.

Nació en una ciudad de Africa, en el seno de una familia cristiana, el año de gracia 332; se llamaba Mónica. Cuidada con amor por sus padres, creció en el hogar doméstico, como una planta escogida en tierra fértil, en la cual el sol y el rocío alternan sus beneficios, donde no hay sino brisas saludables, y donde manos solícitas apartan á cada momento á todo enemigo de la hermosura y de la vida.

«Jamás planta alguna, dice un biógrafo contemporáneo, se vió más pronto coronada de flores y frutos, que esta santa niña.» A la edad de los juegos, gustaba ya de conversar con Dios, y en su amada presencia, olvidaba fácilmente todo lo que es el encanto de la ligereza de la infancia. La oración le era tan familiar, que aun durante la noche se levantaba á escondidas, para recitar las oraciones que su madre Facundia le había enseñado. Amable con los pobres, los esperaba en el borde del camino, y los conducía á su casa para lavarles los pies. Su corazón era dulce, tierno y pacífico, como su carácter firme, enérgico y resuelto. Unía á estas dotes, embellecidas por la gracia de Dios, un espíritu elevado, profundo, penetrante, capaz de las ideas más sublimes, comprendiendo el germen de este genio, que debía ser San Agustín. Todas estas cualidades, cubrialas como con un velo la modestia de la

virgen cristiana, enemiga de afeites, de joyas y otros vanos adornos, con que entonces las jóvenes adornaban su hermosura.

Mónica tenía diez y ocho años; ninguna voz, hasta entonces, la había invitado á las bodas místicas de la virginidad, en las cuales la habían precedido tantas jóvenes nobles: y sin embargo, había ya llegado la época en que debía fijar su manera de ser.

En aquella época había hombres inteligentes, cuya orgullosa razón se había doblegado bajo el yugo de la fe cristiana; ciudadanos, cuya alma se había rendido á estas palabras del Salvador: *Aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón*; había jóvenes llamados á venerar cada día en las frentes de sus padres, los vestigios de las persecuciones que habían sufrido por Jesucristo, celosos de sostener con sus virtudes honra tan señalada; y se encontraban éstos en el campo, en la magistratura y en el ejército.

Había también una raza obstinada, que á pesar de los triunfos del cristianismo, soñaba aún en las supersticiones paganas ó en los groseros errores, con los cuales la filosofía había emponzoñado sus bellos espíritus, llevando en su corazón la levadura de la crueldad desplegada en diez persecuciones, y aficionada á las torpes costumbres y á los criminales placeres, que habían hecho del imperio romano el más corrompido y el más abominable de todos.

De una ú otra fracción, Mónica debía escoger el compañero de su vida. Sus padres eran piadosos, y por lo tanto la elección no era dudosa. En Africa vibraban aún las amenazas de sus doctores: «¿Cómo, exclamaba uno de ellos, una mujer cristiana podrá servir á Dios al lado de un hombre que no le adora? Si es necesario ir á la Iglesia, el marido adelantará la hora de los baños; si debe ayunarse, dispondrá un festín; si se debe salir de casa, los criados estarán siempre ocupados. ¿Un marido pagano permitirá que su mujer visite á los pobres, á los cuales tiene horror? ¿La dejará acercarse á la Sagrada Mesa tan escarnecida por los gentiles? ¿La permitirá hacer limosna? ¿No la obligará á asistir á diversiones paganas? ¿No le exigirá una hermosura, adornos y coquetería que Dios no admite? (1)» Esto dijo Tertuliano, y la conclusión de estas graves advertencias era:—¡Ay de las uniones que introducen un pagano en la familia!

Los padres de Mónica no ignoraban esto, y sin embargo, se equivocaron: un pagano fué el objeto de sus preferencias. Pero no les juzguemos; dejemos que la leyenda del breviario agusti-

niáno nos refiera en breves frases su error, para no decir su crimen.—«Los padres de Mónica, á pesar de sus vivas repugnancias, abusaron de su sumisión, y la entregaron como esposa á un hombre noble pero pagano.» *¡Ellos se la entregaron!* Ahí está todo.

Patricio era recomendable por su nacimiento y por el rango que ocupaba en Tagarto: tenía algunas de esas bellas cualidades en las cuales se reconocía el verdadero ciudadano romano: cierta grandeza de alma que le distinguía de los demás, y cierto amor de la justicia que le hacía contentarse con una mediana fortuna, en un siglo en que las concusiones y las rapiñas no eran deshonorosas. Esto bastaba para una joven del gentilismo; pero para una virgen cristiana, cuya piedad y santa modestia admiraba todo el mundo, ¿no eran necesarias otras dotes y otras garantías? ¡Ay! la ceguedad de los padres de Mónica era tan grande, que despreció todas las leyes de las conveniencias cristianas, *y le entregaron su hija*. Patricio era pagano, y peor que pagano era indiferente y menospreciaba todas las cosas religiosas; y sin embargo, *se la entregaron*. Patricio, no distinguía entre el vicio y la virtud cuando había de satisfacer su orgullo; y sin embargo, *se la entregaron*. Patricio se había deshonrado y estaba dispuesto aún á deshonorarse más con vergonzosos desórdenes; *y sin embargo, se la entregaron*. Patricio era violento y brutal hasta la crueldad; *y sin embargo, se la entregaron*. Mónica se resistió, pero sus padres no tuvieron piedad alguna de sus repugnancias, *y se la entregaron*.

Se la entregaron! y al día siguiente de sus bodas, la pobre Mónica comprendió ya todo su infortunio. Para decidirse á la sumisión, su corazón ingenuo había contado con consoladoras promesas. ¿No entraba como la Providencia, en el hogar en que Dios era desconocido? ¿No iba á cambiar en un paraíso, aquel infierno en que se agitaban mil pasiones? ¡Oh! la hora de un cambio tan radical, no debía sonar sino después de largos años de un cruel martirio! Contrariada en su fe, ofendida en su religión, cohibida en el libre ejercicio de su caridad, injuriada, despreciada, hecha el escarnio de sus mismas sirvientas, para quienes la impunidad era un estímulo, Mónica tuvo que sufrir malos tratamientos, cuyo vestigio se veía cada mañana en su rostro angelical.

Cuando Dios la hizo madre por tercera vez, la desgraciada

comprendió cuánto pelagra la honra de una mujer, cerca de un esposo sin fe y sin Dios; llena de horror por estos sórdidos cálculos que ofenden á la Providencia, y con los cuales se evita una sucesión numerosa, hubo de resignarse al abandono y ver cómo Patricio dirigía á otras partes su corazón infiel. ¡Pobre mujer!

Sin embargo, le quedaban sus hijos. ¿No era este un gran consuelo para su amor ofendido? ¡Ay! este consuelo no debía ser de larga duración. Como si hubiese previsto el porvenir, Mónica se entregó por completo á su primogénito, á Agustín, á quien amaba con cariño singular: desde su nacimiento lo había ofrecido á Dios, como que más tarde el santo doctor se complacía en repetir estas palabras: *Vos habéis sido mi Dios, ya en el seno de mi madre.* Sí, en el seno de su madre, como entre sus brazos y sobre sus rodillas, cuando ella le enseñaba á balbucear el nombre de Jesucristo, cuando ella le enseñaba el cielo, supremo objeto de la vida humana, cuando ella le enseñaba los misterios de la fe y hacía cada día más perfecta esta primera educación de la infancia, que triunfa de todas las malas influencias. Agustín era consagrado á Dios. Cuando la educación ha sido dirigida por una mujer santa, deja en el alma vestigios profundos é indelebles; el niño puede extraviarse, pero la fe que ha recibido de su madre, guarda en su corazón sus derechos sagrados, derechos que Dios hace valer cuando llega la hora providencial. Agustín convertido, proclamaba esta verdad consoladora, cuando decía de su pagano padre que «jamás sus palabras y sus ejemplos, habían podido destruir el ascendiente que tenía sobre él la piedad de su madre (2).» Sin embargo, este ascendiente debía perder su fuerza durante algún tiempo, antes de que alcanzase una última y solemne victoria. A fin de que su hijo aprendiese mejor á orar y á amar á Dios, Mónica lo había confiado á unos sacerdotes; quiso dejarlo al cuidado de éstos, hasta que la sangre cristiana que ella le había dado, hubiese triunfado de la sangre pagana que había recibido de Patricio. Pero el ambicioso padre intervino en la educación de su hijo, en el momento en que esa intervención debía ser más lamentable.

Agustín, por la rápida penetración de su espíritu, por su vasta memoria y por su espléndida imaginación, hacía concebir las más bellas esperanzas, y el orgullo de Patricio le hacía soñar en las glorias de su elocuencia: Mónica tuvo la desgracia de ser partícipe en esta debilidad. La carrera de los estudios, tal como entonces

se seguían, estaba llena de peligros para el honor, la virtud y la fe; pero á los ojos de un pagano, la celebridad valía más que todo esto. Agustín fué enviado á las escuelas de Madoria: allí leyó y se le explicaron sin tino y sin delicadeza, los poetas y los oradores paganos que tanto entusiasman á la juventud; allí su corazón se vió contrariado y empezó á expresar sus tormentos en el lenguaje que se le había enseñado, y los aplausos de la escuela le recompensaron con creces sus primeros ensayos. Desgraciadamente, Mónica no estaba allí para oponer la humildad cristiana á su orgullo y contrarrestar con castos relatos las inmorales fábulas que empezaban á corromperle. No, no estaba allí; una voluntad tiránica la tenía alejada de su hijo, y esto era causa constante de su inquietud y su sufrimiento, que fueron mucho más vivos cuando su hijo se marchó á Cartago.

Cartago era una de las primeras ciudades del imperio, ciudad de negocios, de placeres y de estudios, alegre punto de reunión de una juventud turbulenta y licenciosa, que se divertía en los teatros, en los juegos del Circo, en extravagantes apuestas y escandalosas disputas. Cuando Agustín se presentó, su talento, su modestia y sus agudezas encantaron á todo el mundo. Tenía el buen tacto de abstenerse de las tumultuosas locuras de sus condiscípulos, pero bajo falsas apariencias, ocultaba un alma profundamente atormentada por el orgullo, y una insaciable sed de goces. Él mismo decía:—«Yo no amaba aún, pero deseaba amar, y devorado por este deseo buscaba un objeto para mi pasión: iba errante por la ciudad para encontrarle y me repugnaban los caminos en los cuales no esperaba encontrar lazos.» Pero ¡ay! quedó plenamente satisfecho; cayó en las asechanzas, en que deseaba verse cogido, y bajo las cadenas de estos amargos amores, conoció lo que eran los celos, las sospechas, los temores, las cóleras y todas las tempestades de una pasión ilícita. *Tal era mi vida, exclamaba, si esto puede llamarse vida, oh, Dios mío!*

Mónica, cuando supo los desórdenes de su hijo, creyó morir; pero la pobre madre, no había llegado aún al fin de sus pesares! Una heregía ridícula é inmunda, oculta bajo las apariencias de misticismo y de promesas seductoras de bajos halagos para el mal, y que se ocultaba bajo la protección de la fatalidad, el maniqueísmo, había invadido la Iglesia. Agustín, deseoso de conocerla y cegado por las pasiones, cayó en ella: le prestó todo el vigor de

su alma, y gracias á su elocuencia, fué muy pronto el corruptor de sus amigos. Era ya el fondo del abismo. Agustín lo había perdido todo: su fe, su virtud, su honor, su conciencia, el candor de su espíritu. ¡Pobre joven! Mónica no era más que la madre de un desgraciado hereje y un doctor de la iniquidad. ¡Pobre madre!

Esta historia ¿no es la de una multitud de esposas y madres cristianas? ¡Cuántas que vivían tranquilas y puras, satisfechas del amor de Dios y del cual rebosaba su corazón, empleando su tiempo en obras santas, han sido sacrificadas por padres imprudentes! ¡Cuántas son las que viven en la compañía de un pagano, contrariadas en su fe, perseguidas en su religión, ultrajadas en su pudor, engañadas en su amor! ¡Cuántas que han perdido sus amados hijos, arrebatados á su maternal gobierno, lanzados en centros corruptores, seducidos por criminales placeres y que de caída en caída, se han precipitado en los abismos en que yacen tantos espíritus jóvenes: la duda, la indiferencia, la impiedad, el materialismo! ¡Oh, mujeres! ¡oh, madres! pedid á Santa Mónica los consuelos y la fortaleza que necesitáis; ella os enseñará cuál debe ser la actitud de vuestras almas, en una prueba tan delicada para vuestros corazones de esposas y de madres, y de qué manera debe conducirse vuestro amor.

Dios, que veía de mucho tiempo las pruebas por que pasaba aquella mujer, esposa y madre, dotó su corazón de verdaderos tesoros de ternura. Ella ama por el solo movimiento de su naturaleza, hecha para amar; pero, ¿cuánto más, cuando esta naturaleza recibió de la gracia de Dios, un poder sobrehumano? Todo cuanto hay de amado en la tierra, transfórmase á sus ojos. ¡Como desea los mejores bienes para todos cuantos ama! y estos deseos son más ardientes, cuanto más puro es su amor. La esposa cristiana ve en su esposo, no sólo la mitad de su vida terrenal, sino también la mitad de su vida celeste, y quiere hacerlo no sólo el compañero de los dulces y legítimos goces del hogar doméstico, sino también el compañero de sus creencias religiosas, de las bendiciones y de las gracias que ella ha recibido de Dios, y de la felicidad que espera en un mundo mejor. La madre cristiana ve en el hijo no sólo el fruto de sus entrañas, su sangre y su vida, sino también el fruto de un parto misterioso y sublime, la sangre y la vida misma de Dios. Los talentos que hacen al hombre ilustre, las virtudes que hacen al hombre honrado, los bienes de

fortuna que hacen al hombre feliz, todo es poco para sus deseos; ella quiere la luz sobrenatural que forma al creyente, la justicia que hace el santo, la perseverancia que asegura el eterno porvenir.

¡Noble y santo amor de las mujeres cristianas! Cuanto más perfecto es, tanto más ha de sufrir cuando se le hace traición; pero, ¿este sufrimiento no tiene remedio?

Hay quien se lo imagina así, y esto constituye una de las más terribles tentaciones que pueden pesar sobre una mujer cristiana: si ésta sucumbe, no hay salvación para aquellos á quienes ama, y tal vez ella también se pierda.

Hay mujeres, hay madres, colocadas entre un esposo infiel y un hijo extraviado, que se desesperan como se desespera un pasajero inexperto en un buque desamparado. En el hogar doméstico se oyen sus dolorosas quejas, pero pasado el primer disgusto toman su resolución, y *se olvidan de Dios*: estas resoluciones sacrilegas, estas resignaciones que obedecen al egoísmo, constituyen para una familia, la mayor de las desgracias.

El amor cristiano, no debe jamás resignarse á una derrota irremediable, y á los agravios de una perpetua contradicción. La mujer que consiente en el sacrificio de sus esperanzas, no ha usado jamás como conviene, de las luces de su fe, ni jamás ha tenido conciencia de su fortaleza. Así como en el centro de las rocas y en las fibras de las plantas, hay virtudes ocultas que la ciencia descubre, también en el centro y en las fibras del corazón de una esposa y de una madre cristiana, hay fuerzas misteriosas y completamente divinas que nos revela la fe.

Mónica, mujer y madre de dos pecadores, tenía perfecta conciencia de sus fuerzas. Así, á pesar de la infidelidad de su esposo, de los errores y extravíos de su hijo, no se encierra en una especie de egoísmo espiritual, que hubiera considerado como una traición de sus más grandes deberes. La siguiente frase de San Agustín, nos revela la noble y firme actitud de su alma:—*¡Oh, Dios mío! ella esperaba vuestra misericordia.*

¡Ella esperaba! Esperar, cuando todo prepara el momento de una felicidad deseada, es una gran dulzura para el corazón; esperar, cuando todo conspira contra nuestros deseos más ardientes, es un martirio. Mónica, en los primeros años de su matrimonio preveía este martirio, y sin embargo, *esperaba*. A pesar de las interminables dilaciones que le hacía sufrir la caprichosa infidelidad de Patricio, *esperaba*; á pesar de esta lamentable su-